

rojo violáceo, las pupilas se dilataron y salieron de sus órbitas los ojos, se abrió la boca y se escapó un sonido especial, un silbido ronco:

—Pff...chchch...

Después la cabeza rodó sobre uno de sus hombros y todo su cuerpo pesado se deslizó lentamente á tierra, como si la tierra lo hubiese atraído misteriosamente á sí. Durante algunos segundos Tomás quedó en silencio é inmóvil, con la vista llena de espanto y terror, fija en su padre, y después se precipitó sobre el cuerpo, levantó la cabeza de Ignat y miró su rostro. Este rostro estaba sombrío, inmóvil, y los ojos grandes abiertos no expresaban nada, ni terror, ni sufrimiento, ni alegría... Tomás miró á su alrededor... Sus manos temblaron, y la cabeza de su padre cayó á tierra con un ruido sordo..

Un hilillo de sangre negra y viscosa salió de la boca abierta y corrió á lo largo de la mejilla...

Tomás se golpeó violentamente el pecho, y arrojado ante el cadáver, exhaló un grito salvaje y desgarrador. Sacudido por el espanto, sus ojos huían buscaban siempre aún á en el desierto jardín...

#### IV

La muerte de su padre abismó á Tomás en un estado de estupor. Gran número de conocidos se agitaban á su alrededor. No lloraba, no se desconsolaba, no pensaba en nada.

Maiakín se ocupó del entierro.

Maiakín instaba á Tomás que llorase, como un alivio del alma, pero estos discursos no despertaban ningún eco en el cerebro ó en el corazón de Tomás.

El día del entierro volvió en sí de su abstracción. El cielo estaba cubierto y el día gris.

Detrás del ataúd se movía, como una larga cinta, una muchedumbre inmensa, y en medio de la nube de polvo que levantaron, brillaba el oro de los há-

bitos sacerdotales. Tomás era empujado por todos los lados. Andaba sin ver nada, excepto la cabeza blanca de su padre. Maiakín conducía el convoy, le hablaba al oído.

—Mira cuánta gente... el gobernador, el alcalde, todo el Ayuntamiento, y detrás de tí, mira, Sofia Pavlovna... La villa entera ha querido honrar á tu padre...

Tomás, que no prestaba atención, oyendo el nombre de Sofia se volvió, involuntariamente y su mirada fijóse en el gobernador. Una ligera satisfacción, como una gota de rocío, dilató su corazón ante este personaje tan importante...

Tomás volvióse de nuevo y sus ojos se encontraron con los de la Medinskaia. Su mirada acariciadora le arrancó un suspiro y se sintió aliviado...

Cuando en la iglesia oyó la llamada conmovedora: «Vamos, hermanos míos, daos el último beso», de su pecho se escapó un sollozo parecido á un rugido y la muchedumbre fué sacudida por este grito terrible...

Vaciló y habría caído si su padrino, cogiéndole por un brazo, no le hubiese empujado hacia el féretro, cantando bastante alto y con cólera: «Besad en la frente á aquel que fué con nosotros... besa, Tomás, besa, está en el ataúd... cubierto de la lápida... Parte para la eternidad, está enterrado...»

Tomás tocó con sus labios la frente de su padre y se echó atrás con horror.

—¡Cuidado! Me ha faltado poco para caer... dijo á media voz Maiakín. Y aquellas palabras tan naturales sostuvieron á Tomás mejor que lo hiciera su padrino.

—«Cuando me veáis reposar inmóvil y mudo, lloradme, hermanos y amigos míos...» suplicaba Ignat por voz de la iglesia.

Pero su hijo no lloraba. El rostro negro y abotagado de su padre dábale espanto.



Pronto los amigos rodeáronle compadeciéndole. Su padrino le deslizó al oído:

—Nota como todos te adulan.. los gatos huelen el jamón.

Estas palabras desagradaban á Tomás, pero eran saludables porque le hacían cambiar de pensamiento.

Una nueva crisis de lágrimas le sacudió en el cementerio. Su padrino le hacía ver con cólera que él no lloraba y que no debía demostrar tanta debilidad de alma. Una vez en la casa, se le llevó á la mesa, cubierta de entremeses, forzándole á tomar algo. La sala estaba radiante de luces. Tomás tragó un vaso de aguardiente, y otro y otro... A su alrededor se oía el choque del cristal y de mandíbulas... Maiakín le recomendaba fuese obsequioso, y Tomás en una ocasión gritó:

—¿Acasc están aquí como en el café cantante?

Las palabras de Tomás fueron oídas y el silencio reinó. Unos dejaron la mesa y todos miraron á Tomás con disgusto. El no bajaba la vista y contemplaba fríamente á aquellos individuos.

Tomás, no pudiendo contenerse, ganó la puerta y se dirigió al jardín. Allí, los ojos dulces de la Medinskaia, su pequeña silueta elegante... y las palabras de su padre «no cuentes con los hombres... no esperes nada» flotaban ante su vista y resonaban en sus oídos.

—¿Cómo voy á vivir yo, ahora? Solo...» pensaba.

Cuarenta días después de la muerte de Ignat, debía asistir á poner la primera piedra del Asilo de noche. Se había vestido con esmero y sentía el corazón ligero. La víspera había recibido una carta de la Meninskaia anunciándole que se le había nombrado del Comité de vigilancia para la construcción del edificio y miembro honorario de la Sociedad que presidía ella. Esto le halagó, y el papel

que estaba llamado á desempeñar ese día le agitaba en extremo. No se cansaba de pensar en lo que le sucedería y en lo que debía hacer para no dar pasto á la crítica.

—¡Eh! ¡páral...

Se volvió y percibió en la acera, avanzando hacia él, á Maiakín, vestido de una levita que llegaba á los talones, y con sombrero alto y un inmenso paraguas en la mano.

—Llévame, dijo el viejo, saltando adentro del coche con la agilidad de un mono. Te acechaba... me decía: «Es la hora, va á pasar».

—¿Vais? preguntó Tomás.

—¡Como no! Necesito ver como se entierra el dinero de mi amigo. Y á propósito, he leído en los periódicos que te nombraron miembro del Comité y durante la ceremonia ten presente esto: muestra altivez, ponte en evidencia, que todo el mundo te vea. Si no te dijera esto serías capaz de esconderte detrás de alguien.

Cuando llegaron encontraron los personajes más importantes de la ciudad ya reunidos y una muchedumbre inmensa alrededor del andamiaje de los montones de tierra y de ladrillo. El arcipreste, el gobernador, los notables de la villa y de la administración formaban, con las señoras vestidas de verano, un grupo claro y miraban dos albañiles que se agitaban alrededor de un montón de ladrillos. Maiakín se aproximó al grupo en compañía de su ahijado y murmuró á su oído:

—No te dejes intimidar... No es oro todo lo que reluce.

Después, inclinándose con respeto ante el gobernador primero, y ante el prelado en seguida:

—¡Buenos días, Excelencia! ¡Vuestra bendición, Monseñor! dijo él alegremente.

—¡Buenos días, Jacobo Tarasovitch! exclamó el



gobernador amigablemente, apretando con fuerza la mano de Maiakín y sacudiéndola mientras éste besaba la mano del sacerdote. ¿Cómo vais, inmortal?

—¡Mis respetos, Sofia Pavlovna! decía Maiakín con volubilidad.

Y en un minuto saludó al presidente de la Audiencia, al procurador, al alcalde, á todos los que juzgaba útil saludar primero.

Tomás, inmóvil detrás de él, examinaba de reojo á aquellos individuos cubiertos de bordados de oro. De pronto su padrino dijo:

—Os presento á mi ahijado, Excelencia: Tomás, hijo único del difunto Ignat.

—¡Ah! articuló el gobernador... compadezco y tomo parte en vuestro dolor.

Y estrechando la mano de Tomás, se calló; después añadió:

—¡La muerte de un padre es una... gran desgracia!

Al cabo de un segundo, no obteniendo respuesta de Tomás, se volvió hacia Maiakín y se pusieron á conversar de política local, del discurso que éste había pronunciado en el Ayuntamiento...

El diácono de la catedral dejó oír su voz gruesa, principiando el servicio divino.

Sofia Pavlovna se aproximó á Tomás, dándole los buenos días con modulaciones en su voz triste y velada.

—Os miraba el día de los funerales y mi corazón se oprimía... «¡Dios mío! pensaba yo, ¡lo que debe sufrir!» Y vuestros gritos me conmovieron hasta el fondo de mi corazón, ¡pobre niño! Puedo hablaros así, porque ya soy vieja...

—¡Vos! exclamó dulcemente Tomás.

—¿No os parece? articuló ella, mirándole con sencillez. ¿No me creéis cuando os digo que soy una vieja?

—Os creo, es decir... creo todo lo que digáis... sólo que esto no es verdad.

—¿Qué, no es verdad? ¿que me creéis?

—No, eso no... sino que... ¡dispensad! ¡No sé hablar! exclamó por último Tomás desesperado y rojo de emoción. No tengo instrucción...

—Eso no debe afligiros, dijo la Medinskaia con aire protector, sois aun joven, la instrucción está al alcance de todos... Pero creo que teniendo el corazón puro que tenéis, instruíros sería echaros á perder...

—¡Gracias!

No podía responder otra cosa, y vió en el acto un relámpago burlón que cruzó por los ojos de la Medinskaia. Se sintió ridículo y tonto, se irritó contra sí mismo y repuso con voz sorda:

—Si así me han hecho, no sé adular, y si tengo ganas de reír, lo hago abiertamente. ¡Soy un sér estúpido!

—¿Para qué hablar así? dijo la joven con reproche. ¿Vendréis á la comida?

—Sí...

—¿Y mañana, á mi casa, al consejo?

—¡Ya lo creo!

—Algún día vendréis á verme sin ceremonia ¿verdad?

—¡Os lo agradezco! ¡iré!

—Soy yo quien os agradece esa promesa.

Se callaron, escuchando la plegaria del sacerdote, que continuaba:

—«Al fundador de esta casa concede, Señor, un recuerdo eterno!»

Aquella comida fué una verdadera tortura para Tomás. Por primera vez asistía á una comida de ceremonia y veía que todos comían, bebían, hablaban, y que una barrera infranqueable le separaba de la Medinskaia. Tenía por vecino al secretario de la Sociedad —un joven empleado en el ministerio de



Justicia y que se llamaba Uchtitcheff.—Regordete, con cara de niño, era locuaz y alegre, hablaba con voz de tenor.

—Lo que tenemos de más valor en nuestra Sociedad es nuestra dama la patrona: lo más importante es hacer la corte á nuestra dama la patrona; lo más difícil es devolverle un cumplimiento del que se sienta satisfecha; pero lo más inteligente es admirarla en silencio y sin esperanza!

Tomás le escuchaba al mismo tiempo que miraba á la Medinskaia hablar al prefecto de policía con aire inquieto. Deseaba que todo se concluyese en seguida, se sentía ridículo, hecho para inspirar lástima, estaba convencido de que todos le miraban, le espían y le criticaban. A sus oídos resonó de nuevo la voz de tenor del secretario.

—El sacerdote se levanta, almacena aire en sus pulmones y en seguida entonará el «¡Recuerdo eterno!» por Ignat Matveitch.

—¿No podría retirarme? preguntó dulcemente Tomás.

—¿Por qué no? Todo el mundo comprenderá. .

La voz sonora del diácono se elevó y sobrepasó todos los rumores de la sala. La aristocracia del comercio reunida en esta sala está en expectación ante su boca grande, abierta, de donde salen, lanzadas con maestría, todas las notas de la octava. Tomás aprovechó aquel momento para esquivarse, sintiéndose humillado de no poder hablar tan bien como los demás, y se acordó de las burlas que sobre esto le asestaba Liuba.

Tomás no amaba á la hija de Maiakín. Siempre evitaba las ocasiones de encontrarla. En una ocasión Liubov le dijo:

—¡Bah! cuanto más te miro, más advierto que no te pareces á un traficante.

—¡Tú tampoco te pareces á una *comercianta!* le respondió Tomás desconfiado.

—¡Gracias!

—¿Por qué te causa placer? preguntó Tomás viendo la alegría de la joven.

—Porque no nos parecemos á nuestros padres.

Tomás la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Confíesame francamente, continuó ella bajando la voz; ¿tú no quieres á mi padre? ¿No te gusta?

—¡Pues bien!... No mucho.

—A mí nada absolutamente.

—¿Por qué?

—Cuando seas inteligente lo comprenderás... Tu padre era mejor.

—¡Ya lo creo! exclamó Tomás con importancia.

Aunque desde este instante se estableció entre ambos una corriente de simpatía, resultaban aburridos al cabo de conversaciones que no eran nunca de su interés respectivo... Ella se complacía en hablar de su hermano Taras, que no conocía, pero de quien contaba historias que le hacían semejante á los grandes y nobles forajidos de la tía Antheisa.

V

El modo grosero con que obró Tomás el día del entierro de su padre, era conocido de los comerciantes y le habían valido una detestable reputación.

En la Bolsa notaba miradas atravesadas y bur-lonas; se le hablaba de un modo afectado y especial. Dió parte á su sobrino de estas observaciones y de sus largos discursos, Tomás sintió germinar en sí la ambición por vez primera y hasta empezaba á arraigar, pero sus relaciones con la Medinskaia tomaron fatalmente los vuelos que debían tomar. Aquella mujer le atraía, quería verla á todas horas, y en su presencia no osaba parpadear, se ponía torpe é idiota, lo sabía y sufría horribilmente. Iba á menudo á su casa, pero nunca la encon-



traba sola, un enjambre de jóvenes elegantes la rodeaban constantemente. La hablaban en francés, cantaban, reían, mientras que él, sentado en un rincón, se callaba y los miraba lleno de hiel y envidia.

A decir verdad, cuando estaba á solas con ella, se sentía tan torpe, ó más. Ella le recibía con una sonrisa encantadora, se instalaba con él en uno de los rincones íntimos de su salón, y empezaba generalmente la conversación quejándose de todo el mundo.

—¡Qué dichosa soy al verle! no se lo puede figurar.

Perfumada, con movimientos de felino, se inclinaba hacia él y le miraba en los ojos, con una mirada donde relucía un resplandor extraño. Y al cabo de una conversación de retruécanos y juegos de palabras, él concluía por decirle con ardor:

—Le amo á usted... ¡la amo! ¿Es posible no amarla? Pero ¿para qué?

—¡Sí, V. lo ha dicho! suspiraba Medinskaia satisfecha.

Y se alejaba un poco.

—Me gusta tanto oírsele decir, ¡lo dice tan bien es V. joven... ¿Quiere besar mi mano?

El cogía su manecita blanca y fina y se inclinaba respetuosamente para depositar en ellas largos y ardientes besos.

La Medinskaia retiraba vivamente la mano, sonriente y graciosa, pero sin ninguna emoción. Después con vagososa mirada examinaba á Tomás como un objeto raro y curioso y decía:

—Es una piedra preciosa, á la que sólo falta ser bien pulida... ¡ah! entonces...

Se complacía en enloquecerle de tentaciones que domaba en el acto por sólo efecto de su mirada y se gozaba en este juego, segura de su omnipotencia. Una vez él, le preguntó tímidamente:

—Sofía Pavlovna... ¿ha tenido hijos?

—No.

—¡Estaba seguro de ello! exclamó él contentísimo.

—¿Por qué me lo pregunta?

Tomás enrojeció, bajó la cabeza y sus palabras salían sordas y vacilantes lo mismo que si cada una de ellas pesase cien kilos.

—Es que... una mujer cuando ha estado encinta no... tiene... los ojos iguales...

—¡Sí! ¿Cómo son?

—¡Desvergonzados! profirió Tomás.

Medinskaia se echó á reír, con su risa clara, y su alegría ganó á Tomás.

—Perdonadme, dijo al fin, me he expresado mal quizás... poco conveniente...

—¡Oh! ¡no! ¡no! No podéis decir inconvenientes, porque sois un niño puro y bueno... ¿Mis ojos no son desvergonzados?

—¡Los suyos! son los de un ángel,—declaró Tomás radiante mirándola con entusiasmo.

Ella le miró á su vez, como aún no lo había hecho, con mirada de madre, triste mirada de amor, mezclada de temor por el bien amado.

—Vaya.. vaya V. amigo mío... Estoy fatigada y tengo necesidad de reposar...

Y se levantó diciendo estas palabras.

La abandonó, dócilmente. Su manera de ser se modificó en poco tiempo. Se mostró más correcta y más leal como si le hubiese tenido lástima; pero poco tardó en que sus relaciones fuesen lo que habían sido, y el gato empezó á jugar con el ratón.

Estas relaciones continuadas de Tomás con la Medinskaia no podían escapar á la sagacidad de su padrino, que le dijo un día con una sonrisa melosa:

—¡Ten cuidado, Tomás, con perder la cabeza! No me parece muy sólida.



—¿Por qué me decís eso? preguntó Tomás.

—A propósito de Sofía... ¡me parece que vas muy á menudo á su casa!

—¿Y que os puede importar eso? replicó Tomás groseramente, ¿y por qué la llamáis Sofía?

—A mí no me importa, si... te despluman, no perderé nada yo... En cuanto á llamarla Sofía... todo el mundo está enterado de eso... y hasta que saca las sardinas del fuego con mano ajena.

—Es inteligente, declaró Tomás firmemente. Y metió las manos en los bolsillos... Instruida... también...

—¡Inteligente, ya lo creo! El otro día, cuando ha dado una fiesta, se ha portado diestramente: dos mil cuatrocientos rublos percibidos, mil novecientos de gastos... y aún creo que ni llegaron á mil rublos, pues lo tiene todo y de todo el mundo gratis... Instruida... Te instruirá... Y sobre todo los tipos que la rodean.

—¡Esos no son tipos, sino gente de talento! respondió Tomás furioso, diciendo lo contrario de lo que pensaba. Me aprovecho de su sociedad. Yo no sé una palabra: ¿qué me han enseñado? Allí se habla de todo y cada uno dice su cosa. No impedáis que llegue á ser un hombre como los demás.

—¡Dios! ¡qué locuaz te has vuelto! Ya vendrá la hora en que sepas distinguir al mundo... á Sofía, por ejemplo. ¿Qué representa ella? Un insecto, adorno de la naturaleza y nada más.

Alterado hasta el fondo de su alma, Tomás hundió aún más las manos en sus bolsillos, apretó los dientes y abandonó á Maiakín.

En otra ocasión Maiakín le preguntó:

—¿Le has hecho muchos regalos?

—¿Qué regalos? ¿para qué? replicó Tomás sorprendido.

—¿No le has regalado nada? ¡Qué pretensión!... ¿Es posible que sea tu querida por amor únicamente?

Tomás dió un salto, se volvió bruscamente hacia el viejo y le dijo con tono de reproche:

—¡Oh! un hombre anciano como vos, hablar así... ¡qué vergüenza!... ¿Creería culpable de semejante villanía?

Maiakín apretó los labios y murmuró con voz plañidera:

—¡Qué imbécil!

Después de repente, entrando en furor, exclamó:

—Un pesebre donde beben todas las bestias, donde no queda más que cieno y el imbécil que se cree un dios, del desperdicio de los demás... ¡Qué diablo! véte á su lado y dile sencillamente: «Deseo ser vuestro amante, soy un hombre joven; no me llevéis muy caro.

—¡Padrinol! dijo Tomás con una violencia contenida. ¡No quiero oír más! Si otro se hubiese permitido eso...

El viejo estaba alterado. El despecho, la cólera y aún lágrimas temblaban en su voz. Jamás Tomás le había visto en aquel estado, y á pesar suyo se callaba, contemplándole. Tomás sentía la verdad en las palabras del viejo. Se sentía oprimido, su boca se ponía seca y amarga.

—¡Está bien! papá... ¡basta! suplicó dulcemente, apartando de Maiakín su mirada de crucificado.

—¡Ah! ¡Ya es hora de que trates de casarte! exclamó el viejo alarmado.

—¡Callaos en nombre del cielo! articuló Tomás con voz sorda.

Maiakín echó una ojeada á su ahijado y se calló. El rostro de Tomás se había estirado, invadido por una palidez terrosa. Alrededor de su boca entreabierta surcaba una arruga sombría y en la mirada de sus ojos apagados se leía una sorpresa dolorosa: la amargura de una tristeza profunda é incurable.

Por ambos lados de la carretera donde pasea-



ban, se extendían campos que guardaban aun girones de sus vestidos de invierno.

El agua salpicaba bajo las patas del trineo y hacía volar en el aire pedazos de barro y nieve.

—¡Qué estúpida es la juventud!—exclamó Maiakín á media voz.

Tomás no le miró.

—Se vé un tronco de árbol, se le toma por un espectro... y se hace objeto de espanto...

—Hablad con sencillez, dijo Tomás con voz sorda.

—Todo está dicho; y es bien claro: las jóvenes son la crema, las mujeres la leche; pero las mujeres están cerca y los jóvenes están lejos... Ve á casa de Sonka, puesto que no te puedes pasar sin ello, pero dídle francamente: «Esto quiero»... ¡Tonto! debes comprender perfectamente que siendo pecadora, es más accesible. ¿Por qué te disgustas por qué pones esa cara?

—No comprendéis, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué es lo que no comprendo? Yo lo comprendo todo.

—¡El hombre tiene un corazón, un corazón!—repitió el joven cen un extenso suspiro.

—Es porque entonces carece de talento, le respondió Maiakín.

## VI

Sentimientos de odio, de venganza y de cólera se disputaban el corazón de Tomás, cuando entró en la ciudad. Un deseo salvaje de insultar á la Medinskáia, de humillarla se había apoderado de él.

Con los dientes apretados y las manos metidas en los bolsillos, dió vueltas en las habitaciones de su casa, durante varias horas, irguiendo siempre su elevada talla. Su corazón lleno de hiel no le cabía en el pecho. Sus pasos pesados golpeaban el suelo con cadencia, como si éste tuviese la culpa de su cólera.

—¡Oh! ¡la vil criatura!... ¡con su aspecto de ángel!

Su memoria le representaba fielmente la imagen de Pelagia y murmuraba con amarga alegría:

—¡Una mujer perdida!... ¡pero cuanto mejor! Aquella no disimulaba nada. Descubría á la vez su cuerpo y su alma. Debía tener el corazón tan blanco y tan firme como su seno...

Con voz tímida, la esperanza murmuraba á su oído: «Ya ves hen mentido!...»

Pero recordaba el discurso violento y convencido de su padrino, y aquella esperanza se desvanecía. Rechinaba de nuevo los dientes y ensanchaba su ancho pecho. Pensamientos malos cercaban su corazón como espinas que entran en la carne y su corazón sangraba y se retorció en un sufrimiento agudo.

Cubriendo de lodo á la Medinskáia, Maiakín había roto el encanto y destruido en su ahijado el temor respetuoso que ella le inspiraba.

La primavera recrudeció el trabajo y cuidados de toda índole absorbieron á Tomás. Aquello fué una diversión saludable y que procuró un poco de calma á su corazón ulcerado. El dolor que le causara la pérdida de un sér venerado, había animado su cólera contra la mujer y este pensamiento, á que ella no era inaccesible, se la representaba aún más agradable. Insensiblemente comprendió y se decidió bruscamente á ir casa de Sofía Pavlovna, y decirle sin rodeos lo que deseaba obtener de ella. Experimentó una gran alegría de su resolución y partió con paso ligero, no pensando otra cosa en el camino, que el modo más diestro y más conveniente de expresarle su deseo. Los criados acostumbrados á su asiduidad le anunciaron seguidamente que la señora estaba sola en el salón.

Se turbó... pero un espejo le reflejó su imagen elegante, oprimido por la levita, su rostro moreno